



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante

**LA CONSTRUCCIÓN
DE CIDE HAMETE BENENGELI**

Autora: Yaiza Carrasco Yáñez

Tutor: Miguel Ángel Lozano Marco

Grado en Español: Lengua y Literaturas

RESUMEN

Este trabajo es un estudio sobre la figura de Cide Hamete Benengeli, el ficticio historiador que es presentado en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* como el autor del manuscrito original. Tradicionalmente, la crítica ha clasificado a Benengeli como el narrador de la obra y lo ha situado fuera de la historia de don Quijote, pero desde hace años han aparecido nuevas visiones sobre el autor ficticio.

En este contexto, busco demostrar que Benengeli adquiere en el *Quijote* un papel que supera el de autor ficticio, alzándose como un personaje de la obra con una personalidad propia y funciones dentro de la historia. Este personaje protagoniza una aventura secundaria, la historia de la composición del *Quijote*, desde la cual establece contacto indirecto con la historia central y sus protagonistas. A lo largo de este estudio se pretende seguir a Cide Hamete a través de la obra, mostrando las evidencias de su constitución como personaje.

Palabras clave: Cide Hamete Benengeli, autor, narrador, personaje.

ABSTRACT

This dissertation is a study about Cide Hamete Benengeli, the fictional historian who is presented in *The Ingenious Gentleman Don Quixote of La Mancha* as the author of the original manuscript. Traditionally, critics have classified Benengeli as the narrator of the book and they have situated him out of the story of don Quixote, nevertheless for some time now new perspectives about the fictional author have appeared.

In this context, I aim for demonstrate that Benengeli has a personality of his own and a function inside the story. This character has a leading role in a secondary plot, the narrative of the composition, from where he establishes direct contact with the central

story and its main characters. Throughout this study the objective is to follow Cide Hamete throughout the book, in order to show the evidences of his creation like a character.

Keywords: Cide Hamete Benengeli, author, narrator, character.

RESUM

Aquest treball es un estudi sobre la figura de Cide Hamete Benengeli, el fictici historiador que es presentat a *L'ingeniós hidalgo Don Quixot de La Mancha* como l'autor del manuscrit original. Tradicionalment, la crítica ha classificat a Benengeli como el narrador de l'obra i l'ha situat fora de la història de don Quixot, però des de fa anys han aparegut noves visions sobre l'autor ficcional.

En aquest context, busco demostrar que Benengeli adquireix al *Quixot* una funció que què supera la de autor fictici, alçant-se com a personatge de l'obra amb una personalitar propia i funcions dins de la història. Aquest personatge protagonitza una aventura secundaria, la història de la composició del *Quixot*, des de la qual estableix contact directe amb la històrica central i els seus protagonistes. Al llarg d'aquest estudi ens es pretén seguir a Cide Hamete a través de l'obra, mostrant les evidencies de la seua constitució com a personatge.

Paraules clau: Cide Hamete Benengeli, autor, narrador, personatge.

INDICE

Introducción.....	pp. 1
Desarrollo del contenido.....	pp. 5
1. El juego autorial del <i>Quijote</i>	pp. 5
1. 1. El autor de los ocho primeros capítulos.....	pp. 6
1. 2. El segundo autor.....	pp. 7
1. 3. El traductor.....	pp. 8
1. 4. Cide Hamete Benengeli.....	pp. 9
1. 5. Los poetas y académicos de Argamasilla.....	pp. 10
1. 6. El autor de <i>El curioso impertinente</i>	pp. 11
1. 7. El supranarrador.....	pp. 12
2. El sabio historiador Cide Hamete Benengeli:	
análisis de su figura.....	pp. 13
3. El auténtico narrador.....	pp. 18
4. La historia detrás de la historia.....	pp. 27
5. Cide Hamete Benengeli, personaje del <i>Quijote</i>	pp. 32
5. 1. La construcción del personaje.....	pp. 32
5. 2. La subjetividad de Cide Hamete Benengeli.....	pp. 40
Conclusiones.....	pp. 51
Bibliografía.....	pp. 54

INTRODUCCIÓN

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, de 1605, junto a su segunda parte *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, de 1615, ha generado una enorme variedad de críticas y comentarios a lo largo de sus cuatro siglos de existencia. La extraordinaria complejidad de la obra permite no solo que cada generación lea la obra de una manera diferente, sino que prácticamente cada lector puede extraer su propia lectura de la obra. Ahí reside el gran mérito de la obra magna de Cervantes: ser capaz de construir un universo literario tan extenso, complejo y abarcador que en cada lectura se pueden descubrir nuevos detalles y extraer nuevas interpretaciones.

Como una de las obras más relevantes de la literatura occidental, el *Quijote* es también una de las más estudiadas por la crítica. Los críticos literarios han escudriñado la novela desde diferentes ángulos, apoyándose en las lecturas anteriores para completarlas o modificarlas, de esta manera la crítica sobre el *Quijote* siempre se mantiene viva y en constante evolución.

Hacer un trabajo de investigación de fin de grado sobre el libro más estudiado de la literatura española es una tarea arriesga, ya que se puede llegar a pesar que no es posible decir nada nuevo sobre el *Quijote*, pero este pensamiento me parece erróneo. La gran complejidad de elementos de la obra ha impulsado a lo largo de los años toda clase de estudios que no han dejado prácticamente ningún elemento del libro sin revisar,; pero es esa misma profundidad, capaz de reproducir todo el universo humano dentro de la novela, la que permite que cuatrocientos años después se puedan seguir realizando nuevos estudios sobre el *Quijote*, analizando los mismos elementos desde perspectivas totalmente distintas.

1. JUSTIFICACIÓN

En este contexto, no han faltado estudios sobre los autores ficticios que Cervantes introdujo en el *Quijote* y sus papeles en la obra principal, ya que, de hecho, esta variedad de autores es uno de las principales motivos de la heterogeneidad de puntos de vista que permite la diversidad intrínseca en la obra. Pero se trata de un recurso tan enrevesado que a veces es difícil distinguir lo que es la verdadera intención del autor de interpretaciones subjetivas que las sucesivas lecturas de la novela han ocasionado.

En el apartado de los autores del *Quijote* ha habido una gran diversidad de enfoques en las investigaciones, lo que ha dado lugar a distintas interpretaciones, a veces contradictorias. A pesar de todo, entre esas investigaciones hay un elemento que ha quedado casi olvidado por los críticos, quienes al estudiar la historia de don Quijote de la Mancha no repararon en una historia secundaria que posee una gran relevancia dentro de la trama y, en algunos aspectos, es vital para entender la obra en su plenitud: la historia de la redacción del *Quijote* y el papel que los autores ficticios tienen en ella como personajes. Con el tiempo han ido surgiendo estudios que ahondan en este tema, pero todavía es un aspecto de la obra sobre el que queda mucho por decir. Por ese motivo decidí escoger este tema para mi Trabajo de fin de Grado, para poder aportar mi punto de vista al estudio.

2. OBJETIVOS

El objetivo de mi trabajo es analizar la figura de Cide Hamete Benengeli, el sabio historiador árabe inventado por Cervantes, dentro de la historia de la redacción del

Quijote y dentro de la propia obra, para desmontar todas las teorías erróneas que se han formulado en torno a él y demostrar, analizando sus intervenciones y las de otros personajes que hablan sobre él, que Benengeli es un personaje de novela.

Con mi trabajo no pretendo realizar un estudio exhaustivo de la figura de Cide Hamete y sus funciones dentro de la obra, solo probar que el hecho de que sea presentado como el verdadero autor del *Quijote* y que nunca aparezca en la historia salvo por intervenciones citadas por el segundo autor no le impide formar parte del elenco de personajes que componen la obra.

3. MÉTODO DE INVESTIGACIÓN

El principal problema del tema de mi trabajo es que apenas ha sido tenido en consideración por los estudiosos cervantistas, en gran medida Cide Hamete Benengeli ha sido estudiado solo como un elemento menor del *Quijote* o se ha utilizado para explicar otros elementos de la obra. Por tanto, la bibliografía a la que he accedido ha sido en gran medida escasa, ya que pocos estudios abarcan la figura de Cide Hamete desde la misma perspectiva que este trabajo.

Por esto motivo, la mayor parte del tiempo he utilizado la bibliografía solo como un punto de apoyo para mi investigación, para poder leer las perspectivas y conclusiones de los investigadores en torno a Benengeli y a partir de ellas sumergirme en el estudio del historiador árabe con una base sólida, así como para sustentarme en la opinión de expertos a la hora de exponer algunas de mis conclusiones. En otras ocasiones, para alcanzar el objetivo del trabajo he recurrido a estos estudios para desmontar algunas de las ideas más antiguas y consolidadas sobre Cide Hamete.

Mi proceso de investigación se basa en gran medida en analizar la propia intervención de Cide Hamete Benengeli en la obra. La lectura crítica de la novela, apoyándome en la

base previa que he explicado anteriormente, es la que me ha permitido reconstruir paso a paso la aventura de Cide Hamete dentro del *Quijote*, a través de sus intervenciones y de la información que otros personajes ofrecen sobre él, tanto el resto de autores ficticios como los personajes que forman parte de la historia central de la obra.

DESARROLLO DEL CONTENIDO

1. EL JUEGO AUTORIAL DEL QUIJOTE

Al realizar la composición de su obra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Cervantes fue elaborando un complicado juego de narradores capaz de sorprender y confundir al lector mediante una sucesión de autores ficticios que cuatrocientos años después sigue siendo objeto de discrepancias entre los cervantistas, quienes todavía no han llegado a un consenso sobre el número de autores o la función de cada uno de ellos.

El ingenio y el talento narrativo de Cervantes llegan hasta tal punto que muchos estudiosos han caído en el engaño del autor, lo que ha dado lugar a interpretaciones erróneas que coincide con la confusión que el manco de Lepanto provocó en los lectores del siglo XVII. Aunque todavía existen muchas discrepancias en el estudio de los autores ficticios del *Quijote* y, sin duda, futuras investigaciones sacarán a la luz nuevas ideas a la vez que desestimarán otras, actualmente las teorías van desde las que defienden que los autores son los tres que Cervantes presenta explícitamente –el primer autor, el segundo autor y Cide Hamete Benengeli – hasta las que hablan de cinco o seis autores.

En este trabajo se reconocen seis autores ficticios en la obra: el autor de los ocho primeros capítulos, el segundo autor –también llamado editor–, Cide Hamete Benengeli, el traductor, los poetas y académicos de Argamasilla y el autor de *El curioso impertinente*. Otros estudios han señalado en el texto la presencia de otro autor al que han llamado supranarrador, cuya existencia este trabajo cuestiona.

1. 1. EL AUTOR DE LOS OCHO PRIMEROS CAPÍTULOS

Este autor sin nombre es señalado en la obra como el responsable de los primeros capítulos, los que van desde el comienzo de la obra hasta el momento inmediatamente anterior a la batalla entre don Quijote y el vizcaíno.

No sabemos casi nada de este autor. Por lo que dice el segundo autor al final del capítulo VIII, debía de tratarse de un historiador manchego que comenzó a redactar la historia de don Quijote y la depositó en los archivos de la Mancha, donde el editor la encontró, pero detuvo bruscamente su crónica en mitad de un episodio, asegurando haberse quedado sin fuentes.

Este primer autor guarda bastantes semejanzas con Cide Hamete Benegeli, pero su principal diferencia radica en la lente a través de la cual observan las aventuras de don Quijote y Sancho. El primer autor deja de lado la imparcialidad que cabría esperar de un historiador y muestra una valoración muy negativa de los personajes (James A. Parr 1995), como se puede ver en ejemplos como este: «Con esto, caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera» (Cervantes, ed. Francisco Rico 1998: 48). Benengeli, como se señalará más adelante, también puebla el texto de valoraciones subjetivas sobre el caballero, pero siempre positivas.

Es imposible saber con seguridad qué llevó a Cervantes a incluir a este primer autor, en lugar de comenzar la narración con el hallazgo de los textos de Cide Hamete Benengeli. Los defensores de la teoría de que los seis primeros capítulos fueron concebidos como una novela corta que Cervantes desarrolló hasta convertirla en un libro extenso, ven un argumento que defiende su tesis: hasta que Cervantes no descubrió el potencial del *Quijote* y decidió dilatar el argumento no se planteó la posibilidad de incluir el juego de autores ficticios, así que para justificar la inclusión del historiador árabe se inventó a un primer autor responsable de los capítulos que ya había escrito. Pero hay otras teorías, como la que expone Santiago Fernández Mosquera en su artículo «Los autores ficticios del Quijote» (1986), que defienden que Cervantes no era consciente de las posibilidades del recurso del falso autor cuando comenzó la novela y

por eso no lo incluyó hasta más adelante y José Manuel Martín Morán, por su parte, cree que el autor moro fue una ocurrencia tardía de Cervantes (1990, leído en Julio Quintero 2005), mientras Colbert I. Nepaulsingh en «La aventura de los narradores del *Quijote*» (1980) opina que Cide Hamete estuvo en la mente de Cervantes cuando este empezó a escribir el *Quijote*, de manera que la creación del primer autor es una acción premeditada para complicar el juego de voces de la obra.

Sea cual sea la explicación, no es hasta el paso del capítulo VIII al IX cuando empieza la auténtica complejidad en el juego narrativo del *Quijote*.

1. 2. EL SEGUNDO AUTOR

Este segundo autor no aparece hasta el final del capítulo VIII. Es entonces cuando el lector descubre que lo que está leyendo es la transcripción de un historiador anónimo por otro autor también anónimo.

Cuando este segundo autor se queda sin material, sale por un momento de la historia de don Quijote para contarnos otra historia narrada en primera persona, la del encuentro de un manuscrito árabe que narra las aventuras del Caballero de la Triste Figura, el cual le permite continuar con su libro, con ayuda de un traductor morisco.

Lo más destacable de este autor es que es el responsable final del montaje de la obra. Como señala Santiago Fernández Mosquera, el segundo autor es el editor: «Editor porque se empeña en buscar lo que supone que falta, editor porque lo encuentra, manda traducir la historia y además paga por ello. Y probablemente es, también, el cristiano que se ocupó de mandarla imprimir. Por ello llamamos (coincidiendo con H. Percas) al segundo autor, editor». (1986: 53) Por este motivo en mi trabajo a menudo me referiré a él como editor.

A partir del capítulo IX, este personaje, que hasta entonces había pasado inadvertido, intervendrá constantemente hasta el final de la obra.

1. 3. EL TRADUCTOR

El segundo autor nos cuenta como en el Alcaná de Toledo encontró a un muchacho vendiendo unos papeles viejos escritos en caracteres árabes y, al no poder leerlos, buscó a un morisco para que le hiciera de traductor y así descubrió que se trataba de la historia de don Quijote. De esta manera, el editor compró los libros y contrató al morisco para que tradujera los documentos al castellano.

A menudo se ha subestimado el papel del traductor en la obra, pero, si bien su relevancia es menor que la de Cide Hamete o el segundo autor, este muchacho morisco tiene una función fundamental en la obra por la que merece ser considerado uno más de los autores ficticios del *Quijote*. Dentro de la historia es un personaje imprescindible, pues sin él el editor no habría sabido que los papeles eran la crónica de don Quijote y Sancho, ni tampoco podría traducirlos al español. Y a nivel estructural su función es especialmente significativa en la segunda parte, donde interviene siete veces, en estilo indirecto, participando en la construcción del texto. El traductor nos advierte por boca del editor de que probablemente el capítulo V de la segunda parte sea apócrifo y más adelante, en el capítulo XVIII, decide no traducir la descripción de la casa del Caballero del Verde Gabán por parecerle innecesaria para la historia. También en el capítulo XLIII, el traductor se aparta del original de Cide Hamete para traducirlo a la manera que le parecía más adecuada:

Dicen que en el propio original desta historia se lee que llegando Cide Hamete a escribir este capítulo, no le tradujo su intérprete como él le había escrito, que fue un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de don Quijote. (979)

Por otra parte, al ser el Benengeli árabigo como el historiador, este es capaz de solucionar la brecha cultural que separa a Cide Hamete de los lectores y del propio editor, como hace al comienzo del capítulo XXVII al explicar por qué Cide Hamete jura como «cristiano católico» siendo musulmán.

Por tanto, aunque en un nivel inferior al del segundo autor, el traductor es responsable de la creación del texto definitivo del *Quijote* y, en consecuencia, uno de sus ficticios autores.

1. 4. CIDE HAMETE BENENGELI

Es el sabio historiador árabigo que escribió el manuscrito que el segundo autor usó para componer la obra. A través de treinta y siete intervenciones y de comentarios de otros personajes, la imagen de Cide Hamete Benengeli se va configurando ante nuestros ojos. En un principio, el historiador árabigo estaría al mismo nivel discursivo que el primer autor, pero su complejidad literaria no se puede comparar.

Al comenzar la lectura, cualquier lector poco acostumbrado a cuestionar la estrategia narrativa de la novela asumiría inmediatamente que Cide Hamete es, dentro de la ficción del *Quijote*, el verdadero autor y también el narrador de la historia a partir

del capítulo IX, exceptuando las partes intercaladas donde habla el editor. Pero al analizarlo en profundidad, el esquema autorial y narrativo del *Quijote* es mucho más complejo.

A pesar de ser el autor del que poseemos más información –es el único que aparece por el nombre propio– existen multitud de dudas alrededor de la figura de Cide Hamete Benengeli. No me detendré ahora en analizar a este personaje porque lo haré detenidamente más adelante.

1. 5. LOS POETAS Y ACADÉMICOS DE ARGAMASILLA

Al final de la primera parte, el segundo autor cuenta como, buscando los documentos que recogen la tercera salida de don Quijote, encuentra a un médico que le entrega una caja de plomo que fue hallada en las ruinas de una ermita. Dentro de la caja el autor encuentra unos poemas castellanos firmados por los académicos de Argamasilla. Estos poemas escritos a la memoria de don Quijote poseen un tono completamente burlesco, al igual que el nombre de los poetas y de la academia.

Los académicos de Argamasilla son tan ficticios como el resto de autores que Cervantes introduce en su obra y los textos, que sirven de cierre de la obra, se sitúan al mismo nivel discursivo que el texto de Cide Hamete. Por tanto, estamos ante otra manifestación del juego autorial del *Quijote*, aunque no tenga tanto valor literario como la del resto de autores.

1. 6. EL AUTOR DE *EL CURIOSO IMPERTINENTE*

En *El Quijote* se intercalan numerosas historias, algunas de ellas se vinculan en mayor o menor medida con el viaje de don Quijote y Sancho, como por ejemplo la aventura de Ana Félix, mientras que otras son totalmente independientes. Este hecho es un elemento muy propio de la literatura barroca, donde la inclusión de historias dentro de una misma obra era un recurso con el que los autores intentaban representar la diversidad del mundo. La propia obra expone explícitamente esta idea: «gozamos ahora en nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia si no de los cuentos y episodios de ella, que en parte no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia [...]» (317).

No he incluido a estos personajes en mi trabajo no solo por una cuestión de espacio, sino porque adquirir en un momento puntual el rango de narrador al contar sus aventuras o, incluso, historias ajenas a ellos –como maese Pedro con su retablo– no les convierte en narradores del Quijote. Sin embargo, hay una excepción, este es el caso del narrador anónimo de la novela *El curioso impertinente*.

Cuando el cura, el barbero y el resto de personajes que los acompañan vuelven a la venta con don Quijote, entablan una conversación con el ventero en la que este les explica que un huésped ha olvidado una maleta dentro de la cual, entre otros documentos, descubren una novela titulada *El curioso impertinente*.

Frente al resto de autores de las historias intercaladas en la obra, el autor de *El curioso impertinente* consigue convertirse durante tres capítulos en el autor de un fragmento del *Quijote*, de la misma manera que los académicos de Argamasilla. En otros momentos de la obra, como cuando Maese Pedro narra la historia de *La libertad de Melisendra* o cuando Cardenio cuenta sus desgracias, la historia principal todavía está presente, es como si el lector se situara entre el auditorio, por eso mismo estas historias se interrumpen a menudo con alusiones a los espectadores literarios o interrupciones de estos. Pero en esta ocasión la historia principal queda totalmente suspendida para que el lector se introduzca de lleno en ella.

Además de lo explicado anteriormente, lo más característico del autor de esta historia, lo que lo diferencia radicalmente, es que es totalmente externo a la novela. Es bastante similar a Cide Hamete, pues se trata de un personaje cuyo texto es encontrado de una manera intrascendente pero que es leído y admirado por otros. De esta forma es como si la historia de la construcción del *Quijote* –una obra que es abandonada, escrita por un autor que nunca aparece en persona y acaba siendo encontrada por alguien que la da a conocer– se repitiera dentro del propio *Quijote*.

1. 7. EL SUPRANARRADOR

Ante la multitud de investigadores que incluyen esta figura en el esquema de narradores del *Quijote*, le dedico un apartado en mi análisis. Los que defienden su existencia entienden que al final del capítulo VIII aparece una voz distinta a todas las anteriores que narra en tercera persona cómo el segundo autor se queda sin fuentes para continuarla obra, pero que después da paso a la narración en primera persona del editor. La misma voz aparece al final del *Quijote* de 1605 para contar el descubrimiento de la caja de plomo.

Autores como Parr, Haley y El Saffar defienden la existencia de este supranarrador, que para ellos es el auténtico narrador, omnisciente y en tercera persona, del conjunto de la obra. Su figura estaría por encima de los autores ficticios antes expuestos y sería el único del que no sabríamos absolutamente nada, pues ni habla de sí mismo ni establece contacto con otra voz que le pueda presentar.

Pero yo no creo en la existencia de ese supranarrador dentro de la obra. Al igual que muchos cervantistas, entiendo que lo que se ha venido considerando el supranarrador es solo un juego de voces en el que el segundo autor habla de sí mismo en tercera persona. Me apoyo en dos razones para defender mi opinión:

La primera es la escasez de intervenciones del supuesto supranarrador. A parte de las dos escenas arriba citadas, no vemos otra aparición de esta voz, de hecho desaparece del todo en el *Quijote* de 1615, que es cuando Cervantes explota al máximo el juego autorial que comenzó en el libro anterior, multiplicando las intervenciones del segundo autor, de Cide Hamete Benengeli y del traductor. Si de verdad fuera una creación consciente de Cervantes, ¿por qué optaría por hacerlo desaparecer casi sin explorar sus posibilidades?

La segunda razón parte de observar el esquema narrativo de la obra en conjunto. Cervantes crea todo un complejo sistema autorial que se mezcla con el sistema de voces narrativas, que provoca distintas opiniones a la hora de buscar y estudiar estas voces. Que en este intrincado juego el autor optara por incluir una voz que fuera un narrador al estilo clásico, una voz que hable desde fuera de la historia sin dejar lugar a dudas sobre su papel, me parece cuestionable, pues simplificaría demasiado el juego.

Por este motivo, aunque soy consciente del peso de los argumentos que lo defienden, este trabajo no reconoce al supranarrador como una figura real dentro de la obra y no lo tendrá en cuenta en posteriores análisis.

2. EL SABIO HISTORIADOR CIDE HAMETE BENENGELI: ANÁLISIS DE SU FIGURA

Cide Hamete Benegeli es el personaje del que más información disponemos gracias a sus intervenciones y a los comentarios que el resto de personajes realizan.

El autor es evaluado por el editor tanto en su condición de historiador como en su faceta personal. En lo que respecta a su labor como cronista de la historia de don Quijote, el editor muy a menudo alaba su trabajo y su minuciosidad al recoger cada pequeño detalle de la historia, «Dice Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los

átomos desta verdadera historia» (1035), excepto en un par de ocasiones en la segunda parte donde el historiador deja lugar a la ambigüedad: cuando no distingue si las tres labradoras venían sobre pollinos o pollinas en el capítulo X y si don Quijote y Sancho pasaron la noche en un bosque de encimas o de alcornoques en el capítulo LX. Pero a pesar de su gran labor, su condición personal empaña la percepción que el editor tiene de él, pues al ser árabe en seguida se sospecha que puede ser mentiroso. Esto no solo lo piensa el editor, sino el propio don Quijote, que al saber que un autor musulmán ha sido el responsable de narrar su historia teme que la haya manipulado para perjudicarlo, especialmente en lo tocante al honor de Dulcinea.

Dentro del juego de voces autoriales, Cide Hamete se alza como la principal, es quien investigó y recogió todos los materiales del *Quijote*, exceptuando los poemas que cierran la primera parte. Solo los ocho primeros capítulos son obra de otro historiador, sin que el editor aclare nunca si esto se debe a que los documentos que posee comienzan justo antes de la batalla con el vizcaíno o si Benengeli comenzó a redactar la historia de don Quijote desde la primera salida, pero no le interesaba que el traductor tradujera esa parte de la historia porque le bastaban los documentos del primer autor.

No poseemos muchos datos sobre el proceso de creación del *Quijote* de 1605, así que hay muchas incógnitas entorno a la figura de Cide Hamete Benengeli que los cervantistas han tratado de desentrañar. Una cuestión que parece haber quedado bastante esclarecida es la fuente en la que se inspira Cervantes para inventar la figura del sabio historiador y toda la historia que envuelve el descubrimiento de los manuscritos y su traducción.

Ante todo, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* es una parodia de los libros de caballerías. Como tal, Cervantes no olvida satirizar uno de los elementos más característicos de este género: el recurso del falso autor. En las novelas de caballerías era común que el verdadero autor atribuyera la obra a un personaje inventado por él, normalmente un nigromante o hechicero, que presencié o tuvo noticia de las aventuras del caballero protagonista y las escribió en griego, latín o incluso en árabe. Mediante este artificio los autores pretendían otorgar un elemento de verosimilitud a la obra.

Esta suposición no es infundada: Cide Hamete realiza una función similar a la de estos autores. En su artículo «Cide Hamete Benengeli y los narradores del *Quijote*», Jesús G. Maestro señala que se puede ver la huella de los autores de los libros de

caballerías en las intervenciones del historiador árabe: «El estilo de Cide Hamete está en la línea de los autores ficticios de las novelas de caballerías, es hiperbólico, enfático e inverosímil» (2001: 105) y cita como ejemplo un fragmento del capítulo XVII de la segunda parte:

Y es de saber que, llegando a este paso, el autor de esta verdadera historia exclama y dice: «¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso de don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de León, que fue gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, o con qué razones la haré creíble a los siglos venideros, o qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? [...]» (765)

Cervantes no utiliza este recurso de manera inocente, sino que a través de Cide Hamete Benegeli tiene lugar toda una ingeniosa parodia de los falsos autores, que seguramente exasperaban al autor por tratar de engañar al vulgo haciéndole creer que estaba leyendo una crónica real.

Pero el recurso del manuscrito hallado no es exclusivo de las novelas de caballerías, como nos recuerda Joaquín Quintero (2005: 3), el cual señala que Menéndez y Pelayo consideraba como posible antecedente *Las guerras civiles de Granada*, un texto atribuido a Ginés Pérez de Hita, que se presenta como una supuesta traducción de un texto árabe. Otro ejemplo se haya en las *Epístolas Familiares* de Antonio de Guevara, donde curiosamente la alusión a una traducción del árabe tiene, como en el *Quijote*, una finalidad humorística. Por tanto, en las fuentes de este recurso cabe señalar la novela griega de aventuras, la cónica histórica y la epopeya.

Además, Santiago Fernández Mosquera en su artículo «Los autores ficticios del *Quijote*» (1986: 55) ve posible que a la hora de idear el entramado autorial del *Quijote*,

Cervantes tuviera en cuenta el modelo narrativo de dos obras que el autor admiraba: el *Orlando furioso*, de Ariosto y *La Araucana*, de Ercilla.

La parodia comienza desde el descubrimiento de los documentos. Si los códices ficticios de los libros de caballerías eran hallados en remotos países de Asia o Europa del Este, donde habían sido honrosamente conservados, el editor halla el texto del *Quijote* en el mercado de Alcaná de Toledo, vendiéndose como papel usados en el que envolver la mercancía y es solo gracias a su curiosidad lectora que descubre que se trata de la continuación de la historia de don Quijote.

Cide Hamete Benegeli también es motivo de parodia. Cervantes crea un narrador risible, al que le otorga los calificativos de sabio e historiador, pero es un sabio que se dedica a redactar las disparatadas andanzas de un loco y un historiador que no sabe guardar la imparcialidad y el decoro que exige la crónica histórica. Y aunque no parece haber duda de que Cide Hamete Benengeli es consciente del trastorno psicológico de don Quijote, aun así alaba al hidalgo y a lo largo de la obra deja ver implícita una valoración positiva, parodiando un recurso de las novelas de caballerías que consistía en llenar las páginas de halagos y lisonjas al caballero protagonista, (Jesús G. Maestro, 2001) lo que aquí resulta en escenas tan esperpénticas como la alabanza a don Quijote justo antes de lanzarse a por los leones, movido más por la insensatez que por el valor:

¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de León, que fue gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, o con qué razones la haré creíble a los siglos venideros, o qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? Tú a pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras, con un escudo no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos

hechos sean los que te alaben, valeroso manchego; que yo los dejo aquí en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos (765-766).

Tanto insiste en glorificar esta aventura, la cual ni siquiera llega a término porque el león no se toma la molestia de abandonar su jaula, que Cide Hamete acaba siendo tan risible como el propio don Quijote.

Se debe señalar que aunque a menudo Benengeli es motivo de burla por su devoción a don Quijote, esta característica no es exclusivamente suya, el propio editor muestra una actitud semejante, como se puede ver en el fragmento donde cuenta que no encuentra continuación del texto que estaba leyendo:

Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco se volvía en disgusto, de pensar el mal camino que se ofrecía para hallar lo mucho que, a mi parecer, faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que a tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara a cargo el escrebir sus nunca vistas hazañas (105).

Siguiendo con la parodia de Cide Hamete vemos que, como ya se ha comentado, al ser de origen árabe la veracidad de su historia es puesta en duda por el editor: «Si a este se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos» (110) e, incluso por el propio protagonista «[...] desconsolóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide, y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embaucadores, falsarios y quimeristas» (646).

El desprestigio es aún mayor cuando tenemos en cuenta que en el *Quijote* de 1615 la mayoría de las veces que el segundo autor nombra a Cide Hamete al comienzo del capítulo suele deberse a dos motivos: o el capítulo es inverosímil o contiene un pasaje especialmente ridículo «Cide Hamete Benengeli aparece con frecuencia asociado por el Narrador a los momentos más cómicos y risibles de la historia de Don Quijote, lo que convierte al cronista árábigo en uno de los personajes más burlados de la novela» (Jesús G. Maestro, 2001: 110). En algunas ocasiones se arremete contra Cide Hamete por olvidar pasajes importantes, como el robo del rucio, pero también se le critica cuando omite detalles superfluos para la historia: «[...] le tomó la noche entre unas espesas encinas, o alcornoques; que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele» (1116). Todo esto parece indicar que el sabio historiador que crea Cervantes, más que una figura confiable que dote de verosimilitud a la obra, es una víctima de la sátira del autor y un chivo expiatorio al que se culpa de los errores de esta.

Analizada ya su figura, es momento de comentar el papel que Benengeli desempeña en la obra.

3. EL AUTÉNTICO NARRADOR

El complejo juego de voces autoriales de la obra causa una gran confusión entre lectores e investigadores y ha impedido esclarecer muchos aspectos entorno a la construcción narrativa del *Quijote*. Entre ellos, uno de los más complejos consiste en encontrar al narrador de la obra.

Los primeros estudiosos del *Quijote* no dudaron en otorgar el título de narrador a Cide Hamete Benengeli. En principio puede parecer la opción más lógica, pues la propia obra señala que los textos que leemos han sido escritos por él, por tanto Benengeli estaría narrando todo el libro exceptuando los ocho primeros capítulos, los

poemas de Argamasilla y las intervenciones del segundo autor. Pero al pensar que el historiador árabe es el narrador, estaban cayendo en la trampa de Cervantes.

Numerosos investigadores han intentado desentrañar el sistema narrativo del *Quijote* para poder encontrar al narrador o narradores, pero en este sentido parece haber tanta diversidad de opiniones como al tratar de esclarecer el número de autores. Muchos siguen defiendiendo a Cide Hamete como narrador de la historia, como es el caso del cervantista inglés E.C. Riley o José Manuel Martín Morán, otros ven en la figura del supranarrador que antes he descrito al responsable de narrar el conjunto de toda la obra, por ejemplo James Parr, y no faltan los que aseguran que es posible distinguir la voz de Cervantes alzándose detrás de su entramado de autores ficticiales, como es el caso de Howard Mancing.

Mi opinión, al igual que la de otros estudiosos como Jesús G. Maestro o Julio Quintero, es la siguiente: el narrador del conjunto de la historia es el segundo autor. En los últimos tiempos esta parece ser la hipótesis más sólida, pues hay muchas evidencias en la obra que sustentan esta tesis.

En una lectura superficial, es muy fácil caer en el engaño de Cervantes y pensar que el editor tan solo narra el encuentro de los textos –los de Cide Hamete y los de Argamasilla– y que cuando los descubre su voz se apaga para dejar al autor de estos hablar, aunque sigue apareciendo brevemente en medio de la narración cuando quiere ofrecer algún apunte de interés. Pero en una lectura crítica, esta interpretación es inadmisibile. La conclusión incuestionable es esta: el segundo autor jamás apaga su voz y es él quien narra la historia del Quijote.

El estilo de la narración no deja ninguna duda. La mayor parte del tiempo, la impersonalidad del relato de las aventuras de don Quijote y Sancho impide que distingamos la voz del narrador, pero las intervenciones del editor traicionan esa impersonalidad, ya que en ellas el segundo autor habla directamente al lector, dejando clara su autoría. Y aunque en el nivel narrativo estas acotaciones sacan al lector del mundo del *Quijote* –a veces apenas un instante, al recordarnos que estamos leyendo la versión de la historia de Cide Hamete, otras veces durante un periodo de tiempo más extenso para contar algún problema surgido durante la composición de la obra o aclararnos aspectos técnicos– a nivel sintáctico estas intervenciones fluyen con la narración de la historia. No hay interrupciones que señalen que es otra voz la que ha

aparecido en la narración, a pesar de que el texto de Cide Hamete es una historia compuesta por un solo autor, de manera autónoma, que como tal no deja espacio para interrupciones de autores ajenos. Si realmente el editor estuviera transcribiendo la historia escrita por Cide Hamete de manera textual, tendría que cortar el relato para así poder introducir sus acotaciones, pero no lo hace. Sus intervenciones están entrelazadas con la historia de don Quijote, de manera que el lector avanza por la narración con total fluidez.

Y esta fluidez se da incluso en intervenciones de carácter técnico, cuando el editor se aparta por completo de la historia de don Quijote para centrarse en la historia de la redacción. Uno de los mejores ejemplos es el capítulo X de la segunda parte. Comienza el relato «Llegando el autor de esta grande historia a contar lo que en este capítulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no había de ser creído [...]» (700) y dedica el resto del párrafo a explicar que la exagerada locura de don Quijote en este capítulo estuvo a punto de disuadir a Cide Hamete de incluirlo en su obra. En el párrafo siguiente vuelve a las aventuras del caballero de esta manera «y así, prosiguiendo su historia, dice que así como don Quijote se emboscó en la floresta, encinar o selva junto al gran Toboso [...]» (700).

En este fragmento se ve claramente que es la voz del segundo autor la que narra tanto la aclaración del primer párrafo como la historia del segundo. No solo es imposible encontrar una señal de que su narración ha cesado para dar paso a la del historiador arábigo, sino que desde el mismo comienzo del segundo párrafo vemos al editor narrando en tercera persona lo que escribió Cide Hamete.

Si de verdad el sabio historiador fuera el narrador del texto del *Quijote*, el primer párrafo debería acabar con alguna fórmula que señale que termina el inciso del editor y que continúa el texto de Cide Hamete. O, simplemente, el segundo autor podría haber dejado este fragmento tal como aparece en el texto original, entonces Cide Hamete relataría sus cavilaciones en estilo directo. La intervención del autor para hacernos conocedores de las dudas de Benengeli solo tiene sentido si estas estaban escrita en alguna nota marginal, pero el editor señala que Cide Hamete expone sus titubeos cuando comienza la narración del capítulo, de manera que el segundo autor podría, sencillamente, haber dejado que Benengeli expusiera su opinión con sus propias palabras, tal y como él mismo lo había escrito en el texto original. En resumen, la única

conclusión que podemos extraer de este análisis es que el segundo autor está narrando en estilo indirecto la historia escrita por Cide Hamete.

Y a todo esto habría que añadir que el narrador no tiene acceso directo a la obra de Cide Hamete, sino a una traducción, la cual puede ser más o menos fiel. Así que, en última instancia, el lector está accediendo al texto de Cide Hamete Benegeli de manera indirecta a través de la narración de otro escritor distinto que a su vez también accede al texto original de manera indirecta, mediante la composición de un traductor (Jesus G. Maestro, 2001). Por tanto, hay una gran distancia entre el texto que escribió Cide Hamete y el resultado final. De esta manera, el lector accede a una historia que ha pasado por la mano de tres autores distintos: un historiador que es el primero en poner la historia original en papel, un traductor que, por lo que se nos da a entender en la obra, se toma ciertas libertades en su función y un editor que decide narrar él mismo la historia que tiene entre manos.

Por si esta explicación no fuera prueba suficiente, podemos analizar el contenido de las intervenciones del segundo autor. Algunas veces el editor interviene para introducir en la obra algún dato marginal que no se hallaba en el texto original, sino en notas externas de Benengeli, como la amistad de Rocinante y el rucio, y otras veces interrumpe la narración para explicar los problemas que han surgido durante la composición del texto, como la negativa del traductor a traducir ciertos aspectos o la posibilidad de estar incluyendo capítulos apócrifos. Sin embargo, la mayoría de las intervenciones no tienen ninguna finalidad explícita, solo recuerdan al lector que está leyendo la historia que compuso Cide Hamete: «Aquí la deja Cide Hamete y vuelve a tratar de Don Quijote» (1079). Si lo que leemos es el texto tal y como lo compuso su autor original, no tendría sentido la necesidad del segundo autor de interrumpir lo que el árabe nos narra solo para remarcar quién cuenta la historia. Julio Quintero (2005) compara la narración del editor con la de un escritor que tiene un texto escrito por otra persona y, con los papeles al lado, procede a reescribir la historia que ha leído con sus propias palabras, pero sin olvidar concederle el mérito al verdadero autor. Santiago López Navia denomina a Cide Hamete Benengeli «narrador narrado» (2006: 177).

Además, en última instancia es el editor quien decide qué materiales deben ser incluidos o no. Él acepta la sugerencia del traductor de omitir la descripción de la casa de don Diego, de la misma forma que elige eliminar de la narración toda la información

que Cide Hamete da sobre el arriero de Arévalo que aparece en la venta. Por otra parte, es él quien decide conservar los capítulos de dudosa veracidad e incluso incluye en la obra datos marginales que no se encontraban originalmente en el texto de Cide Hamete, como la amistad de las monturas de los protagonistas: «[...] el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della; mas que, por guardar la decencia y decoro que a tan heroica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su prosupuesto [...]» (721). Lo mismo ocurre con la nota que Benengeli escribe al margen del papel en el capítulo sobre la cueva de Montesino, donde intenta justificar este episodio:

No me puedo dar a entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito: la razón es que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que don Quijote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible; que no dijera él una mentira si le asaetearan. Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más; puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della, y dijo que él la había inventado, por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias (829).

Cide Hamete escribió la historia en primera instancia, pero los lectores nunca accedemos al texto original. Por mucha relevancia que su presencia tenga en el

desarrollo de la historia, afirmar que Cide Hamete es el narrador es una confusión de planos diegéticos.

Existe un motivo por el cual esta teoría sobre el papel de narrador de Cide Hamete sigue vigente, a pesar de los poderosos argumentos en contra. Esta hipótesis sostiene que Benengeli posee un carácter omnisciente que le otorga el estatuto de narrador, pues ningún otro personaje puede tener esta característica.

Haley, El Saffar y Allen ha sostenido esta teoría con mayor o menor fuerza, pero defenderla conlleva un problema: cómo justificar que un historiador sea capaz de poseer la condición de personaje omnisciente dentro de la historia. Es evidente que, de alguna manera, Benengeli posee un extenso conocimiento que le permite incluir en la obra hechos que solo saben sus protagonistas, y en la obra jamás se da una explicación a esto. La respuesta más común afirma que Cide Hamete es un mago, como la propia historia parece sugerir en varias ocasiones: «Yo te aseguro, Sancho -dijo don Quijote-, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia; que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir» (645). Pero es cuestionable creer que el *Quijote* pueda admitir una lectura sobrenatural. La obra es una historia realista donde en ningún momento vemos más elementos mágicos que los que provienen de la locura del hidalgo y creer que Cide Hamete puede tener auténticos poderes mágicos no resulta admisible, sobre todo cuando don Quijote es el único que plantea esa posibilidad.

¿Entonces cómo sabe Cide Hamete de todos los acontecimientos que tienen lugar en la historia del hidalgo? Es imposible saberlo a ciencia cierta porque en ningún momento se nos habla del proceso de recolección de datos del historiador árabe, pero podemos imaginar que Cide Hamete accedió a la historia consultando a los que participaron en ella, a excepción de sus protagonistas, pues ellos nunca le conocen en persona. En la historia aparecen muchos personajes –los cabreros, los huéspedes de la venta, etc. – que podrían haberle narrado los episodios de la historia al cronista.

Puede quedar todavía dudas en torno a cómo consiguió Cide Hamete la información de los episodios en los que Sancho Panza y don Quijote estaban a solas, como por ejemplo los que acontecen en Sierra Morena, pero esto puede explicarse fácilmente si tenemos en cuenta el carácter parlanchín de Sancho. Es fácil imaginarse que apenas volvió a su pueblo sus vecinos fueron a pedirle que les relatará sus

desventuras con el hidalgo y él les contó todo lo sucedido, de manera que la historia fue de boca en boca hasta llegar a oídos de Cide Hamete.

Otro elemento que explicaría el conocimiento de Benengeli sobre todo lo acontecido a don Quijote es la documentación escrita. Colbert I. Nepaulsingh, habla del peso que la documentación escrita tiene en la redacción del original de Cide Hamete:

[...] no hay detalle, pensamiento, imaginación o deseo que no pueda provenir de las fuentes ordinarias del historiador Cide Hamete. Basta con un solo ejemplo que servirá de patrón para cualquier otro caso. El lector se enfrenta con estas palabras de Cide Hamete, que al principio parecen proceder de un narrador omnisciente: «a Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija» Pero es el mismo Sancho quien publica después sus deseos en su carta a don Quijote. (1997: 516)

Pero el ejemplo más representativo se encuentra en el capítulo XXVI, mientras se narra la penitencia de don Quijote en Sierra Morena:

En esto, le vino al pensamiento cómo le haría, y fue que rasgó una gran tira de las faldas de la camisa, que andaban colgando, y dióle once ñudos, el uno más gordo que los demás, y esto le sirvió de rosario el tiempo que allí estuvo, donde rezó un millón de avemarías. Y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase y con quien consolarse; y así, se entretenía paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados a su tristeza, y algunos en alabanza de

Dulcinea. Mas los que se pudieron hallar enteros y que se pudiesen leer después que a él allí le hallaron no fueron más que estos que aquí se siguen:

[...]

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura *del Toboso* al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar don Quijote que si en nombrando a Dulcinea no decía también *del Toboso*, no se podría entender la copla; y así fue la verdad, como él después confesó (291-293).

En este fragmento se ve explícitamente que el autor solo tiene acceso a los documentos conservados, en este caso al único poema encontrado. Y además, la última parte «como después él confesó» demuestra que Benengeli conoce lo que dijo don Quijote más adelante, es decir, que aunque nunca hablara con él personalmente, tiene constancia de sus palabras por otras fuentes, posiblemente gracias a algún vecino o curioso que acudió a casa de don Quijote y le preguntó por sus aventuras.

Por otro lado, si admitiéramos la omnisciencia de Cide Hamete tendríamos que aceptar también la del primer autor, pues él también sabe de acontecimientos que le suceden a don Quijote cuando está solo e incluso conoce sus pensamientos:

Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado:

-¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece. (47-48).

Esto significaría que tenemos dos autores inexplicablemente omnisciente en una obra carente de elementos sobrenaturales, pero parece más razonable pensar que nos encontramos ante dos cronistas que accedieron a la información por diferentes medios y quizás se tomaron ciertas libertas y modificaron la historia para añadir elementos que no podrían saber sin haber hablado directamente con los protagonistas, como lo que concierne a los pensamientos de don Quijote en la cita anterior. O incluso podemos pensar que algunos de esos pasajes inexplicables son fruto del editor, que al redactar la historia manipuló los materiales para contribuir a la literariedad de la historia.

Pero más allá de las especulaciones, en la obra se encuentran argumentos sólidos que permiten afirmar que no existe esa supuesta omnisciencia de Cide Hamete. Por ejemplo, en el capítulo XXIV, Benengeli afirma que no sabe si el episodio de la cueva de Montesinos es real u otra locura de don Quijote: «Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más» (829) y ya he mencionado que dos veces –en el episodio de los pollinos y el de los árboles– carece de datos exactos. Con estas pruebas es imposible negar que en última instancia los conocimientos de Benengeli son limitados.

Una vez establecido que el editor es el narrador de la obra al transcribir los documentos de Benengeli con sus propias palabras, pasamos a otra cuestión de difícil respuesta, ya que no parece tan seguro poder afirmar que el segundo autor es también el narrador de los ocho primeros capítulos. No es descabellado ver la voz del editor en los primeros capítulos, especialmente en el comienzo. La primera persona del famoso «de cuyo nombre no quiero acordarme» al comienzo de la obra y el final del capítulo XVIII, cuando es el autor quien cierra el relato en lugar del dejar al primer autor explicar el porqué del cese de su labor, parecen apoyar esta teoría. Pero por otra parte, en los primeros capítulos de la obra existe una valoración implícita, como he explicado en la descripción de los autores ficcionales, en la que se percibe un tono despectivo que no se encuentra ni en el editor ni en Cide Hamete, ni siquiera en las aventuras más vergonzosas de don Quijote. Al principio de la obra encontramos ejemplos como este: «[...] y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto [...]» (37), donde frente a «curiosidad», que es un término neutro, «desatino» implica una concepción negativa.

(Gonzalo Torrente Ballester, 1975: 29) Es difícil pensar que el editor podría usar estos calificativos cuando ya se ha visto que más tarde alaba la labor de don Quijote.

Siguiendo esta línea, la respuesta más sencilla es pensar que los primeros ocho capítulos están en un punto intermedio, el editor es quien está narrando la historia pero muestra una mayor fidelidad al texto del autor anónimo que al del historiador árabe. No obstante, no es el objetivo de mi trabajo dar una respuesta a esta pregunta, mi análisis no abarca más que la parte del libro que se atribuye a Benengeli.

Una vez probado que Cide Hamete Benengeli no es el narrador del texto, cabe preguntarse cuál es el verdadero papel de este sabio historiador árabe. Limitarse a considerarlo como una simple figura fantasmagórica que solo sirve para parodiar las novelas de caballerías es subestimar la creación de Cervantes. Se le atribuyen otras características dentro de la obra, como ser la excusa a la que el autor recurre para justificar sus errores o servir como mecanismo para introducir la sátira en la narración, pero esas son solo funciones, no definen su auténtico papel.

Tras analizar la figura de Cide Hamete Benengeli en las páginas de la historia, he llegado a una conclusión: a pesar de que posee un papel innegable en el nivel extradiegético es, ante todo, un personaje más del *Quijote*.

Pero antes de explicar esta conclusión, es importante que analice otro concepto estrechamente relacionado: que el proceso de composición del *Quijote* constituye una historia en sí misma, que yo voy a llamar «La historia detrás de la historia».

4. LA HISTORIA DETRÁS DE LA HISTORIA

Dentro de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* y su continuación *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, Cervantes intercaló diversas historias secundarias que acompañaban la aventura de don Quijote y Sancho Panza. Pero una de

ellas, presente desde el principio de la obra hasta su final, no ha sido apenas considerada como tal: la historia de la redacción del *Quijote*.

La razón de la falta de estudios sobre este tema se debe a que durante mucho tiempo no se ha entendido el proceso de creación de la obra como una historia en sí. El estudio de los autores ficticios y su papel en la redacción del texto definitivo pocas veces ha considerado el conjunto de su labor como una historia más, situada a otro nivel del resto de historias intercaladas del *Quijote*, fuera de aventura del hidalgo pero al mismo tiempo dentro de ella.

La historia de la redacción del *Quijote* de 1605 no se hace visible hasta el capítulo IX. Anteriormente el lector tiene acceso a una narración lineal, sin más intervenciones externas que breves comentarios del primer autor. El segundo autor no aparece hasta que se ve en la obligación de contarnos que se ha quedado sin documentos con los que continuar la obra.

Al principio la historia de la redacción del *Quijote* aparece en la obra de manera explícita, con el descubrimiento de los documentos de Benengeli y la contratación del traductor. Pero es erróneo pensar que esta acaba en el momento en el que el libro retoma la batalla de don Quijote contra el vizcaíno. Lo que ocurre es que la historia queda oculta por el argumento original, pero sigue desarrollándose página a página y de vez en cuando se asoma entre los resquicios de la historia principal hasta que, finalmente, al acabar el *Quijote* de 1605, el autor les recuerda a los lectores que están ante un libro fruto de un largo proceso de redacción al volver a centrarse explícitamente en su historia para narrar como llegó a sus manos la caja de plomo con los poemas de Argamasilla y el proceso para incluirlos en la obra.

No obstante, en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, este proyecto de crear la historia detrás de la historia es apenas una tentativa que Cervantes no llega a desarrollarla plenamente. No es hasta la llegada de *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha* cuando por fin podemos ver la culminación de este singular recurso narratológico que Cervantes había comenzado a esbozar diez años antes.

¿Cuál es la causa de que Cervantes decidiera desarrollar la historia de la composición? Tampoco tenemos ninguna seguridad al respecto. Es probable que a lo largo de los años Cervantes meditara sobre el juego de voces que había ideado en la

primera parte y concibiera las posibilidades estilística que ofrecía. Por mi parte, yo ofrezco dos posibilidades que explicarían por qué Cervantes decidió dedicar su esfuerzo a esta tarea:

La primera es que Cervantes se embarcó en ese proceso de creación de la historia detrás de la historia como una reacción contra el apócrifo de Avellaneda. No es necesario detenerse a explicar la más que conocida indignación de Cervantes al saber que se había publicado una continuación de su obra sin su consentimiento, la cual le llevó a modificar el plan primitivo de la obra cuando, en su deseo de diferenciarse del apócrifo, Cervantes modificó la ruta que en un primer momento había planeado para la segunda parte, llevando a don Quijote a Barcelona en lugar de a Zaragoza.

Cervantes no ignoraba que uno de los elementos más importantes en los que su obra se diferenciaba de su continuación apócrifa era el autor ficcional, porque la falsa tercera salida del hidalgo no estaba narrada por Cide Hamete Benengeli, sino por otro moro llamado Alisolán. Así que al escribir la segunda parte, Cervantes rescató a su historiador arábigo, que en el primer *Quijote* había quedado prácticamente olvidado a partir de la cuarta parte de la novela, y lo erige en la figura distintiva de su obra, nombrándole el único historiador verdadero de don Quijote, como asegura James A. Parr:

Cervantes se había deshecho ya de esa figura estrambótica y que no pensaba mencionarle más, hasta darse cuenta de que Avellaneda atribuía su continuación de 1614 a otro moro inverosímil, un tal Alisolán. [...] Eso es lo importante: 'suyo', frente a las impertinencias de Avellaneda, con su Alisolán. (1995: 106)

Esto haría surgir en Cervantes una voluntad de incidir en la presencia de Cide Hamete en su obra, incrementando el número de menciones a este personaje e incluyendo intervenciones del propio Benengeli a través de las citas del segundo autor.

Otra posibilidad tiene que ver con la disminución de historias intercaladas. Cervantes se vio muy afectado por las críticas sobre la excesiva presencia de historias secundarias en el *Quijote*, las cuales, según los críticos, perjudicaban al argumento principal de la obra, lo cual llevó a Cervantes a reducir el número de historias en la segunda parte y transformarlas en pequeños episodios, vinculados con el hilo principal de la novela. Puede que Cervantes decidiera entonces dedicar su ingenio a desarrollar la historia del editor y el traductor en su batalla por redactar la obra a través del texto de Cide Hamete, la cual posiblemente fue concebida como otra de sus historias intercaladas pero se había perdido entre la multitud de cuentos del primer *Quijote*. No es una posibilidad inverosímil, sobre todo cuando se reflexiona sobre la brusca desaparición de Cide Hamete en el primer libro, pues esta parece deberse casi sin lugar a dudas a que Cervantes estaba más centrado en la redacción de las sucesivas historias que tienen lugar en la venta.

Sea cual sea el motivo, la historia de la redacción que el *Quijote* de 1615 alberga supera con creces a su predecesora. En *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, el sabio historiador ya no es solo una figura evocada por el segundo autor, sino que esta vez se transmiten sus palabras y sus reflexiones.

El segundo autor también consigue una mayor relevancia en la continuación del *Quijote*. Aunque en esta ocasión prescinda de interrupciones en las que detenerse a narrar su búsqueda de documentos, se permite aumentar sus intervenciones.

Otro elemento muy importante es que en esta obra vemos surgir una tercera voz: la del traductor. El lector ya sabía de la presencia de este personaje en la primera parte, pero solo aparecía en el capítulo IX. Durante el resto del libro el propio Cervantes pareció olvidarse de él, o quizás no pensó que su labor fuera digna de mención. En el segundo *Quijote* se hace evidente que su función va más allá de la traducción de los textos de Benengeli. Aunque nunca habla con sus propias palabras, a través del editor sabemos que el morisco interviene en la composición negándose a traducir los fragmentos que considera superfluos o juzgando la validez del texto original. El editor no solo consiente esto, sino que tiene en cuenta sus opiniones y recurre a sus conocimientos para interpretar el texto, como la ocasión citada anteriormente en la que Cide Hamete jura como cristiano católico. Por tanto, aunque su presencia no sea tan

relevante como la de Cide Hamete y el segundo autor, es muy importante a la hora de considerar el nivel de complejidad narrativa que llega a organizar Cervantes en su obra.

Esta es la historia que se va formando a través del *Quijote*: la de un editor anónimo que quiere componer un libro sobre la historia de don Quijote y al descubrir que su primera fuente está inconclusa decide buscar otros documentos, tras lo cual encuentra el texto de Cide Hamete escrito en árabe, por lo que para componer la obra decide contratar a un traductor. En la segunda parte el editor concede más crédito al autor original, Cide Hamete, al mismo tiempo que incluye las valoraciones y decisiones artísticas de su traductor. Benengeli por un lado, y editor y traductor por otro, ganan terreno en el libro mientras valoran la historia, dudan de la fiabilidad de algunas partes o incluso juzgan los materiales de los que disponen.

Por otro lado, la historia detrás de la historia da un paso más en el segundo *Quijote*, una auténtica innovación que marcaría la literatura posterior: los personajes se saben dentro de una obra literaria. En el capítulo II Sancho informa a su amo de que un sabio árabe ha escrito su historia, incluyendo sucesos que nadie más que ellos podía conocer, y en el capítulo III don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco mantienen una conversación metaliteraria donde juzgan la primera parte e incluso arremeten contra el autor. Este juego crea personajes literarios capaces de valorar y reflexionar sobre la novelación de su propia historia.

Esto supone un cambio de plano: el texto literario invade el propio argumento y por tanto la redacción del *Quijote* ya no es solo la historia detrás de la historia, sino que también es una historia dentro de la historia. Y tiene tanta relevancia que llega a condicionar el desarrollo de la novela, pues cuando don Quijote descubre que se ha publicado un apócrifo que narra una falsa salida a Zaragoza, decide cambiar la ruta prevista e ir a Barcelona.

Cide Hamete se convierte en una figura constante en la obra, que por un lado está presente en la aventura don Quijote y Sancho como una figura mística que ellos saben que vigila sus pasos, pero también acompaña a los lectores conforme avanzan la lectura, como un personaje más que en lugar de hablar con el resto o participar en sus aventuras, busca información, juzga lo que descubre y reflexiona constantemente sobre los sucesos que acontecen al Caballero de los Leones. El Saffar lo expuso de esta manera: «Cide Hamete se constituye no en copista impersonal de la historia de otro,

sino en personaje interesante por sí mismo. El lector lo ve como personaje y no sólo a través de sus comentarios» (1984: 297, leído en Jesús G. Maestro 2001: 106).

Visto esto, es el momento de volver a estudiar el papel de Cide Hamete y desarrollar su auténtica naturaleza como personaje.

5. CIDE HAMETE BENENGELI, PERSONAJE DEL *QUIJOTE*.

5. 1. La construcción del personaje

Del apartado anterior hemos obtenido la conclusión de que la redacción del *Quijote* puede considerarse una historia como otra de las tantas que Cervantes incluyó en esta novela. Y previamente he explicado que el historiador árabe adquiere el rango de personaje de la obra. De estas dos ideas, extraigo la siguiente conclusión: Cide Hamete es el protagonista de la historia detrás de la historia.

No sería descabellado pensar que en realidad el personaje principal de esta historia secundaria es el segundo autor. No cabe duda de que él es el narrador, un narrador personaje que a menudo narra en primera persona, aunque a veces utilice la tercera. Podríamos pensar que también es el protagonista, ya que es quien inicia la historia con su búsqueda de materiales y más adelante quien se encarga de la composición, así como de introducir todas las intervenciones que van conformando la historia de la redacción. Pero considero que el segundo autor no llega a ser protagonista y se limita a cumplir una función de personaje secundario, aunque narre la historia siempre desde su punto de vista. De hecho, es él quien convierte a Benengeli en el foco de la historia, pues continuamente vuelve su atención a la figura del historiador árabe,

mientras que apenas nos habla de él mismo. Si nos encontramos ante un narrador que rara vez vuelve la narración hacia su persona mientras dedica toda su atención a otro personaje, cabe pensar que dicho personaje es el auténtico protagonista.

Pero nos encontramos con una situación peculiar, pues estamos ante una historia cuyo protagonista no solo no llega a aparecer nunca físicamente, sino que todos los datos que poseemos de él vienen de unos documentos donde recoge una historia completamente ajena a él mismo.

Poseemos pocos datos sobre Cide Hamete. Es un historiador árabe, calificado a menudo de sabio por el editor, pero sus escritos no debían de tener mucho valor cuando los textos del *Quijote* acabaron vendiéndose en el mercado como papel para envolver. Ya he explicado anteriormente que parece poseer una visión bastante positiva de don Quijote, pero no es ajeno a su locura e incluso en ocasión satiriza a su protagonista: «Aquí hace Cide Hamete un paréntesis y dice que por Mahoma que diera por ver ir a los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenía» (1018). Es curioso que aún siendo plenamente consciente de que don Quijote es un loco que vive aventuras disparatas se tome el tiempo de redactarlas, pero lo más extraño es que lo haga en árabe en lugar de en castellano, que sería lo adecuado si quiere contar la historia de un hidalgo manchego cristiano. Todo esto convierte a Cide Hamete en un personaje extraño y ha llevado a Riley a afirmar: «La existencia de Cide es una especie de burla, y tan afortunada que se perdona casi siempre su evidente despropósito. Es el único ejemplo de total inverosimilitud en el libro» (1962: 323, leído en Jesús G Maestro 2001: 108). Inverosímil o no, ese carácter desconcertante que lo envuelve encaja muy bien con el tono disparatado de la historia del caballero loco que él mismo redacta.

La narración del editor va construyendo el retrato de Cide Hamete a lo largo de la obra. Al principio, como ya he mencionad, el editor no confía en el historiador por su raza y su religión, pero parece que la lectura de sus textos termina por convencerle de que Benengeli es un autor fiable, dado que nos acaba presentando sus textos como fidedignos y nos incita a creer lo que nos cuenta:

Real y verdaderamente, todos los que gusten de semejantes historias como esta deben de mostrarse agradecidos a Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo por contarnos la semínima detalla, sin dejar cosa, por menuda que fuese, que no la sacase a luz distintamente (949).

O en el capítulo XLVII:

[...] volvamos a Don Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatascas heridas, de las cuales no sanó en ocho días, en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas desta historia, por mínimas que sean (1013).

Fuera de la historia de don Quijote, fuera incluso de la historia de la redacción, Cide Hamete vive su propia aventura, la del historiador que recoge materiales para componer una crónica que en principio a nadie parece importarle, como nos demuestra el hecho de que el primer autor, seguramente un historiador con mucho más prestigio que él porque sus escritos se conservaban en el archivo de la Mancha, terminó por abandonar la historia. ¿Y dónde acaba su exhaustivo trabajo? En un mercado de Toledo, como papel de sedero. El desdichado final de los esfuerzos de Benengeli parece digno de uno de los desenlaces risibles de las aventuras de don Quijote.

Este un elemento bastante importante en el que quiero centrarme. Don Quijote y Benengeli son dos personajes que guardan importantes paralelismos. Antes al describir a Cide Hamete mencionaba que él es otro blanco de la ironía Cervantina de una manera similar a don Quijote, al menos en lo que se refiere al absurdo de estos personajes o en

el modo en el que parece que el autor los coloca a ambos como objeto de las risas del lector.

También es importante añadir la mejora que experimentan ambos personajes en la segunda parte. Muchos críticos han resaltado que la imagen de don Quijote es mucho más positiva en el texto de 1615. El personaje continúa siendo una víctima cómica de sus propias acciones y se sigue embarcando en aventuras sin sentido que le deparan un mal final, pero también es cierto que saca a relucir su lado más sensato y juicioso en varias ocasiones, como por ejemplo cuando realiza una defensa de los poetas y de la libertad de los hijos que deja asombrado al Caballero del Verde Gabán, o el episodio de la boda de Camacho, donde la intervención de Quijote consigue evitar un terrible enfrentamiento. También es destacable que don Quijote consigue salir vencedor de algunas de sus batallas, como el enfrentamiento con el Caballero de los Espejos o el episodio de los leones. Pero posiblemente la mayor victoria de don Quijote sea la que en un primer momento parece un fracaso, y es su estancia con los duques.

Por muy vapuleado que acabe don Quijote en el castillo de los duques, por mucho que caiga en todas sus trampas y viva situaciones totalmente ridículas, la victoria moral es suya, pues aunque él sea el loco los duques son los personajes que peor valoración reciben, por emplear tanto esfuerzo en reírse de un enfermo mental que en el fondo es un hombre bueno y con sus aventuras busca ayudar a los débiles.

Cide Hamete también parece haber alcanzado cierto triunfo en la historia de la segunda parte, no solo porque posee mayor peso en la construcción de la obra, sino porque su crónica, la que se vendía como papel viejo, ha sido publicada y ha alcanzado un enorme éxito. Igual que en el libro de 1615 don Quijote consigue una valoración mucho más positiva, Cide Hamete experimenta un proceso similar. Ya no parecen admisibles las dudas de su veracidad, no solo a ojos del editor. Cuando don Quijote expresa su temor de que el historiador árabe haya malversado sus aventuras, al moro le sale enseguida un defensor, el bachiller Sansón Carrasco, que les aclara a don Quijote y a Sancho que Benengeli no solo ha sido absolutamente fiel a los hechos, sino que además ha sabido convertir su historia en un libro que disfruta la gente de todas las edades y clases sociales.

No es Sansón Carrasco el único que alaba la labor de Cide Hamete. En el capítulo LXI tenemos otro ejemplo cuando don Antonio Moreno, al recibir a don

Quijote exclama «[...] bienvenido sea, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero y legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores» (1131).

Del anterior halago se puede ver que esta mejora de Benengeli está fuertemente vinculada con la necesidad de reivindicar el *Quijote* original frente a su apócrifo, pero sería simplista pensar que ahí queda el proceso de crecimiento personal de este personaje, sobre todo cuando podemos apreciar que va más allá a través de la propia voz de Cide Hamete, pues uno de los momentos del libro que más lo glorifican tiene lugar en el capítulo LXX, después de la última burla de los duques. El narrador dice lo siguiente «Y dice más Cide Hamete: que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahínco ponían en burlarse de dos tontos» (1193). En esta digresión moral el historiador árabe no se limita a criticar las burlas de los duques, sino que arremete contra su sistema de valores. Cide Hamete toma partido defendiendo al caballero, que con sus buenos juicios y su deseo de ayudar se gana la benevolencia del lector.

Entre los paralelismos importantes que encontramos entre don Quijote y Cide Hamete Benengeli, destaca que a los dos les salen enemigos: el hidalgo se ha de enfrentar contra el Caballero de los Espejos y más tarde contra el de la Blanca Luna y Cide Hamete contra Avellaneda, el escritor del apócrifo. De la misma manera que don Quijote debe luchar contra estos caballeros por el honor de su dama, Cide Hamete lucha por el honor de su creación, para hacer prevalecer sus derechos como el verdadero autor de la historia. En la obra se ataca varias veces al apócrifo en el momento en que don Quijote y Sancho encuentran en la venta a unos huéspedes leyendo la continuación de Avellaneda y más tarde Antonio Moreno dice que solo hay un *Quijote* y es el de Benengeli, pero no es hasta el final de la obra cuando la crítica se pone en boca del propio historiador. Entonces Benengeli se permite un largo discurso donde muestra con total claridad el orgullo de ser el escritor de las aventuras de don Quijote, por el provecho que considera que estas pueden aportar a quien las lea. En este discurso ataca al autor del apócrifo y a cualquiera que en un futuro pudiera intentar apropiarse de su personaje. De esta manera, el autor libra una batalla por la exclusividad autorial de la obra que nada tiene que envidiar a los combates de don Quijote.

Esa es la historia que Cide Hamete Benengeli protagoniza, una historia marginal y que pasa casi inadvertida en el libro, entre las muchas historias que Cervantes intercala. Pero el peso de este personaje va más allá y de su historia extradiegética, pasa a un nivel intradieгético al introducirse en la historia central en la obra.

Las huellas de Cide Hamete en las aventuras de don Quijote y su escudero son especialmente visibles en la segunda parte. Sancho lleva a su amo la noticia de la publicación de sus aventuras en un libro firmado por Cide Hamete Benengeli y esto dará lugar al ya mencionado capítulo de la reflexión metaliteraria de don Quijote, Sancho y el bachiller, que al mismo tiempo que constituye una invención extraordinariamente original, contribuye a introducir a Benengeli en la historia. Los personajes hablan sobre él, juzgan su trabajo y de esta manera el autor queda entretejido en los pliegues de su propia obra. Y no solo sucede esto con los protagonistas de la historia: en su tercera salida don Quijote y Sancho encuentran a lectores del libro que reconocen a Cide Hamete como verdadero el autor del libro, como por ejemplo los duques, los hombres que encuentran en la venta y don Antonio Moreno.

Pero más sutil es la presencia de Cide Hamete en la primera parte. En el *Quijote* de 1605, Benengeli solo es nombrado explícitamente por el segundo autor, pero aunque don Quijote no conozca la existencia del historiador árabe, especula sobre ella. De hecho, él sabe de este personaje antes incluso que los lectores y, si aceptamos que Cide Hamete fue una invención tardía de Cervantes, sería posible decir que lo sabía antes incluso que el propio autor.

Don Quijote no conoce a Cide Hamete, pero está completamente seguro de que un sabio recogerá sus hazañas y las publicara, como siempre sucede con las aventuras de los caballeros andantes:

Y añadió diciendo:

-Dichosa edad, y siglo dichoso aquél adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronce, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador,

quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! Ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras (47).

La imaginación de don Quijote llega hasta tal punto que antes de tener cualquier pista de su existencia ya le atribuye algunos de los acontecimientos que tienen lugar en su segunda salida (Santiago A. López Navia, 1990) como sucede cuando Sancho se refiere a él por primera vez como el Caballero de la Triste Figura:

Con esto se fue el bachiller, y don Quijote preguntó a Sancho que qué le había movido a llamarle «el Caballero de la Triste Figura», más entonces que nunca.

-Yo se lo diré -respondió Sancho-: porque le he estado mirando un rato a la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura, de poco acá, que jamás he visto; y débelo de haber causado, o ya el cansancio deste combate, o ya la falta de las muelas y dientes.

-No es eso -respondió don Quijote-; sino que el sabio, a cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cual se llamaba el de la Ardiente Espada; cuál, el del Unicornio; aquél, el de las Doncellas; aquéste, el del Ave Fénix; el otro, el Caballero del Grifo; estotro, el de la Muerte; y por estos nombres e insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y así, digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamas el Caballero de la Triste Figura, como pienso llamarme desde hoy en adelante, y para que mejor me cuadre tal nombre,

determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura (205).

En otra ocasión, don Quijote se cuestiona cómo es posible que Sancho recorriera el camino que separa el Toboso de Sierra Morena y llega a la siguiente conclusión:

-[...]¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco más de tres días has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta leguas; por lo cual me doy a entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo, porque por fuerza le hay, y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar a caminar, sin que tú lo sintieses (360-361).

Por supuesto, sabemos que esto no es verdad, ya hemos visto anteriormente que Cide Hamete no tiene ningún poder mágico, pero situándonos en el plano de la locura de don Quijote, para el caballero su sabio y “mágico” historiador usa sus poderes para conducir su historia de la misma manera que el conocimiento de su existencia dirige el rumbo de la tercer salida.

Pero hay un momento en el que la presencia de Cide Hamete en la primera parte del *Quijote* es sólida, y es a través de la figura del arriero. El segundo autor nos dice que Cide Hamete y el arriero se conocían: «era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia que deste arriero hace particular mención. Porque le conocía muy bien» (171). Aquí Cide Hamete deja de ser una simple suposición y se hace patente su existencia en el mundo de don Quijote, aunque jamás aparezca en persona.

Es curioso que el segundo autor, a pesar de ser el principal responsable tanto de la narración como de la publicación de la historia, apenas sea mencionado en la segunda parte. Ni el editor, ni el traductor ni mucho menos las otras voces autoriales llegan nunca a introducirse en la obra de esta manera. Por tanto, si los otros autores ficcionales son personajes de la historia detrás de la historia, solo Cide Hamete Benengeli es personaje en la historia de don Quijote.

Analizar solo las veces que se menciona a Cide Hamete Benengeli en la obra, los comentarios de otros personajes sobre él y la relación que el editor y él mantienen sin llegar a conocerse, es quedarse en un nivel superficial, así no es posible alcanzar toda la profundidad de su importancia como personaje. El mayor mérito de Cervantes está en haber sido capaz de construir a Cide Hamete como un personaje que, sin aparecer en persona dentro de la obra y sin establecer relación directa con ningún otro personaje, es capaz de presentar una personalidad definida.

5. 2. LA SUBJETIVIDAD DE CIDE HAMETE BENENGELI

Dentro de los muchos logros del *Quijote*, uno de los más alabados y aplaudidos es la construcción de los personajes. Cada personaje de la obra tiene una personalidad definida que se desenvuelve frente al lector, más que a través de sus acciones o de los comentarios de otros personajes, mediante diálogos.

Es gracias a este recurso, que permite que cada personaje se presente a sí mismo mediante su propia voz, que Cide Hamete tiene la oportunidad de desarrollar su personalidad. Como jamás aparece físicamente, lo único que tiene son sus propias

palabras y a través de ellas podemos conocerle. Para poder reconstruir la personalidad del más etéreo personaje de la obra, la única «inverosimilitud» que se permite Cervantes, debemos buscar las marcas de subjetividad de Cide Hamete en el texto.

La subjetividad de Cide Hamete es un concepto interesante y forma parte de la sátira que Cervantes vierte en este personaje. Benengeli es un historiador, como siempre nos está recordando el texto, y de los historiadores se espera una absoluta objetividad al narrar hechos históricos. Sansón Carrasco, Sancho y don Quijote debaten este asunto en el capítulo III de la segunda parte. El hidalgo protesta porque el moro no ha callado los mucho palos que recibió en sus aventuras, como hacen otros autores con los protagonistas de sus historias, tomando como ejemplo la labor de Virgilio con Eneas y Homero con Ulises, a lo que Sansón responde que la diferencia radica en que ellos eran poetas, mientras que Benengeli es historiador: «el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna» (649-650).

Por tanto, resulta contradictorio que este historiador, de quien el editor siempre alaba su puntualidad y su esfuerzo, olvide la objetividad que deben tener sus escritos. Es un factor más que contribuye a la satirización de este personaje.

Las muestras de subjetividad más evidentes son las alabanzas a don Quijote, que ya he mencionado anteriormente. Como en la construcción de la obra el objetivo de estos desmesurados elogios no parece ir más allá de la parodia, no son útiles para el análisis que desarrollo, pues nada nos dicen sobre Cide Hamete salvo que tiene en muy alta estima a don Quijote. Las muestras de subjetividad que más me interesan están diseminadas por toda la obra y algunas veces son casi imperceptibles.

Las más sencillas de ver son las que corresponden a las digresiones morales de Cide Hamete Benengeli. En dos ocasiones el segundo autor introduce una reflexión moral del historiador en el texto. Una de ellas es la crítica a los duques mencionada anteriormente. Es un fragmento bastante interesante, entre otras cosas porque es una de las pruebas de que Benengeli es plenamente consciente de la locura de don Quijote, calificándolos a él y a Sancho de «locos» y «tontos». De aquí surge una pregunta: ¿por qué alaba a don Quijote si sabe que ha perdido el juicio? El mismo fragmento puede servir para hallar una respuesta, pues podemos ver que para él no es tan malo dejarse

llevar por la locura si se tiene un objetivo noble, es mucho peor lo que hacen aquellos cuerdos que sabiendo el mal que hacen se aprovechan sin remordimiento de los demás.

Cide Hamete demuestra así una conciencia elevada y un sistema moral que le impulsa a arremeter sin dudarle contra los abusos de la nobleza. En el transcurso de los episodios en el castillo de los duques vamos viendo que estos carecen de valores y que su dignidad desaparece cuando deciden burlar a sus invitados, a veces incluso de formas crueles y con perjuicio físico. A pesar de estar loco, todo lo que hace don Quijote es para ayudar a quien lo necesita, como a la dueña Dolorida, a doña Rodríguez y a Altisidora. Don Quijote representa los valores de justicia y solidaridad que se le estimaba a la nobleza de antaño y que los duques parecen haber olvidado, como Cide Hamete señala con su crítica.

En otra ocasión, el segundo autor interrumpe la narración para introducir la siguiente digresión de Cide Hamete:

¡Oh pobreza, pobreza! ¡No sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés a llamarte «dádiva santa desagradecida»! Yo, aunque moro, bien sé, por la comunicación que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fee, obediencia y pobreza; pero, con todo eso, digo que ha de tener mucho de Dios el que viniere a contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: «Tened todas las cosas como si no las tuviédeses»; y a esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo), ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas a dar pantalia a los zapatos, y a que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidro? ¿Por qué sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde? [...] ¡Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra, comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a la calle después de no haber comido cosa que le obligue a

limpiárselos! ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago! (984-985)

Esta larguísima reflexión sobre la pobreza, escrita a raíz de un acontecimiento tan poco significativo como la rotura de una media de don Quijote, resulta extraña tanto porque romper el hilo del discurso de la historia sin aportar nada importante como por lo diferente que es del resto de intervenciones de Cide Hamete, que suelen ser mucho más breves y siempre tienen un objetivo concreto o se relacionan con el episodio en el que se insertan.

En este fragmento, Cide Hamete saca a relucir todo su acervo cultural occidental. No solo destaca su conocimiento de la moral cristiana, que él mismo aclara al explicar que la ha conocido gracias al contacto con cristianos, sino que demuestra una gran familiaridad con la cultura y la literatura europea: el poeta que llamó a la pobreza «dádiva santa desagradecida» fue Juan de Mena en *Laberinto de Fortuna*, la cita «Tened todas las cosas como si no las tuviédeses» pertenece a San Buenaventura¹ y la mención del uso de un palillo de dientes por la calle a pesar de no haber comido es una alusión al escudero del *Lazarillo de Tormes*.

En unas pocas líneas, Cide Hamete realiza tres referencias culturales occidentales, las cuales no son fortuitas, sino que todas ellas convergen en una reflexión sobre la pobreza y una crítica a los hidalgos pobres que buscaban aparentar una fortuna mucho mayor de la que poseían, muy abundantes en el siglo XVII, pues se trataban de hombres pertenecientes a la baja nobleza que subsistían de las rentas y de un patrimonio familiar que había ido menguando durante generaciones debido a que su honra como nobles hacía impensable que buscaran trabajo, pero a pesar de esto trataban de aparentar que poseían una gran fortuna. Este comentario es bastante pertinente en el caso de Alonso Quijano, pues al principio de la historia se nos cuenta que el hidalgo se gastó el poco patrimonio que tenía en libros de caballería. Por tanto, en este párrafo sus

¹ Según Francisco Rico en una nota a pie de página de su edición.

conocimientos exceden la religión y la literatura, demostrando que conocía bien la sociedad española de su época.

Otro fragmento a tener en cuenta es la sentencia con la que el segundo autor dice que Cide Hamete abre el capítulo XXVII, «Juro como católico cristiano» (855), la cual desconcierta al editor, pues sabe bien que Benengeli es musulmán. En su edición del *Quijote*, Francisco Rico explica en una nota a pie de página que se trata de una burla de la costumbre literaria de recurrir abusivamente a expresiones que representan manifestaciones de fe. Este juramento lleva al editor a pedirle una explicación al traductor, esperando que este lo entienda por ser también musulmán, a lo que el arábigo responde que simplemente quiere decir que su juramento es tan sólido como sería el de un cristiano.

Del juramento de Cide Hamete extraigo dos conclusiones: que el personaje es un hombre de honor, preocupado por dejar constancia de su voluntad de verosimilitud al redactar la historia de don Quijote y que es plenamente consciente de que su público lector está compuesto mayoritariamente por cristianos y quiere asegurarse de obtener su beneplácito. De hecho, podríamos relacionar su juramento cristiano con la reflexión sobre la pobreza, donde recurre a fuentes católicas y se centra en la idea de virtud y santidad del cristianismo. Reafirmo así mi teoría de que Cervantes intenta en la obra construir una imagen de Cide Hamete como un hombre sabio y de altos valores morales lo cual le lleva a vincularlo con mensajes cristianos para ganarse la aprobación del lector, consiguiendo que venza sus prejuicios religiosos.

En el capítulo XXIV, el edito recoge una cita directa de Cide Hamete Benengeli, donde el autor se defiende de cualquier posible acusación por incluir la inverosímil aventura de la cueva de Montesinos.

Dice el que tradujo esta grande historia del original, de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél estaban escritas de mano del mesmo Hamete estas mismas razones:

«No me puedo dar a entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito: la razón es que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que don Quijote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible; que no dijera él una mentira si le asaetearan. Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más; puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della, y dijo que él la había inventado, por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias» (829).

Esta no es la primera vez en la obra en la que Benengeli expresa sus dudas sobre la credibilidad de un capítulo, pero es la única ocasión en la que ve necesario elaborar un discurso de justificación, aunque es comprensible porque estamos ante el primer episodio de la obra en el que realmente se está defendiendo la aparición de elementos sobrenaturales.

En esta ocasión, Cide Hamete demuestra una gran prudencia. Con su declaración permanece neutral, ni defiende ni desmiente la historia de la cueva de Montesinos. En su discurso, Benengeli trata de escudarse contra cualquier crítica, él ofrece todos los datos de los que dispone y deja que sea el lector el que decida si cree lo que cuenta don Quijote o no. Cide Hamete tiene su propia opinión, que por muy inverosímil que sea la historia no cree que don Quijote se la inventara, pero no se pronuncia al respecto, porque esa no es su función como cronista. El autor árabe también se defiende ante los lectores, dejando claro que él no es ningún crédulo y no cree en la magia ni en fantasmas. Al igual que en el anterior fragmento, cuando juraba como cristiano, Cide

Hamete vuelve a mostrarse como un historiador preocupado por guardar su honor y su credibilidad, así como la de su historia.

La última intervención de Cide Hamete Benengeli que merece ser analizada es el discurso con el que cierra la obra. En la primera parte Cervantes prefirió terminar la historia con una intervención del segundo autor y con los poemas de Argamasilla, sin mencionar a Cide Hamete, que parecía completamente olvidado por Cervantes. Pero en la segunda parte, tras alzarse en símbolo de la novela y en su defensor contra el plagio de Avellaneda, le corresponde a él cerrar la historia de don Quijote.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma: «Aquí quedarás, colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que a ti lleguen, les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

¡Tate, tate, folloncicos!
De ninguno sea tocada;
Porque esta impresa, buen rey,
Para mí estaba guardada.

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de

largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo, tan a gusto y beneplácito de las gentes a cuya noticia llegaron, así en éstos como en los extraños reinos. Y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de que por las de mi verdadero don Quijote, van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna». *Vale* (1222-1223).

La intención del autor al escribir el capítulo final está bastante clara, Cervantes quiere poner punto y final a la historia de don Quijote de la Mancha, por eso hace que su personaje muera, pero con el discurso final de Cide Hamete pretende cerrar del todo la puerta a cualquier posible vuelta del caballero. Este texto pretende disuadir a cualquier escritor de intentar resucitar a don Quijote en alguna obra apócrifa, al mismo tiempo que advierte a los lectores para que no se dejen engañar si aparece otro apócrifo, pues el único Quijote verdadero es el que muere en esta obra.

Las referencias a colgar la pluma han sido interpretadas como una referencia al *Corán*, pero George Haley apuesta por entender esta acción como una parodia de la entrega de la espada de los caballeros andantes, un episodio con el que a menudo cerraban sus aventuras:

Al arrinconar el instrumento de escritor que ha manejado al mismo tiempo como arma, sugiere el paralelismo obvio con la entrega de su espada por parte del héroe, coincidiendo así, por última vez en la obra, las armas y las letras. La parodia del rito caballeresco es un adiós muy en

su punto a la historia de don Quijote, en la cual ya se dijo la de cómo llegó a escribirse. (1989: 271)

Este fragmento final está cargado de ironía, algo que hasta ahora no se había visto, al menos de una manera tan explícita, en las intervenciones de Cide Hamete. El tono solemne con el que empieza su despedida choca con el burlesco poema con el que se dirige a los que quieran aprovecharse de su obra. El humor incisivo también va dirigido a sí mismo al hablar de su pluma «Aquí quedarás, colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada péñola mía».

El discurso final también es la primera vez en la obra que Cide Hamete arremete contra Avellaneda, anteriormente la crítica contra el autor del apócrifo tan solo estaba en boca de los personajes. Al criticar a su rival, Cide Hamete es elegante en sus críticas y da cuenta de un humor mordaz, muy acorde con el del resto del libro. Al igual que en el fragmento sobre el episodio de la cueva de Montesinos, muestra otra vez su sensibilidad religiosa al usar la expresión «cristiana profesión» a pesar de ser musulmán.

En las últimas líneas del capítulo final, queda explícita la finalidad de la obra «pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías». Esto no es algo que el lector desconozca, en la obra ya se había expresado varias veces este propósito, pero es la primera vez que lo leemos de la pluma de Cide Hamete. Hasta ahora no había ninguna prueba de las intenciones verdadera del historiador, es en este fragmento cuando por fin podemos afirmar que su objetivo es el mismo que el del Cervantes.

Aunque este elemento puede parecer un aspecto menor del discurso, es realmente relevante para entender a Cide Hamete el encontrar un porqué a sus exagerados halagos a don Quijote. Ya ha quedado establecido en este trabajo que la intención detrás de este comportamiento es la parodia de los narradores de los libros de caballerías, pero sigue siendo una incoherencia que no parece casar del todo con el nuevo enfoque que Cervantes da al *Quijote* de 1615. Puede que la intención primera fuera solo la parodia, pero el crecimiento de Benengeli en la segunda parte lleva a pensar que Cervantes fue más allá, que la construcción del personaje que elaboró a lo largo de la segunda parte le

llevó también a buscar explicación a la devoción del historiador por don Quijote, así que compartió con Benengeli su desprecio hacia estas obras y la preocupación sobre el mal que pueden causar en el vulgo. Es un detalle especialmente considerable si tenemos en cuenta que el segundo autor expresa sus motivaciones casi desde su primera aparición – en la apertura del capítulo IX–, pero tenemos que esperar hasta el final de la segunda parte para conocer las de Cide Hamete.

Dándole una justificación a su labor, Cervantes termina de construir el personaje y elimina parte de la inverosimilitud, dándole cierta lógica a su labor de redacción de la historia de don Quijote. Su ironía mordaz, el ataque directo contra Avellaneda y su crítica a los libros de caballerías son rasgos muy propios de Cervantes, tanto que esta vez casi parece que sea él quien hable. Por tanto, es probable que al ir construyendo a Benengeli, Cervantes se identificara tanto con él que acabó otorgándole algunas de sus características. Es la demostración definitiva de lo mucho que el autor se acabó volcando en este personaje. Pero hay otro nivel en la personalidad de Cide Hamete, y es la valoración que realiza de sus personajes.

Noté estas pequeñas valoraciones que Cide Hamete Benengeli plasmaba de vez en cuando en el libro al leer el artículo de Santiago A. López Navia, «Sabio, autor e historiador. Categorías atributivas y paralelas a Cide Hamete Benengeli en el texto del *Quijote*» donde a propósito de las intervenciones de Cide Hamete en la obra, realiza la siguiente cita: «Destas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debía de ser bien nacido, y por lo menos, cristiano viejo» (218). Pero el autor del artículo no concede la suficiente importancia a este pasaje. Esta vez no es un inciso que el editor realiza para aclarar un pasaje de la obra, ni una intervención de Cide Hamete para comentar algún elemento de la historia. Aquí el historiador está dando una deducción y una reflexión valorativa sobre el personaje basándose en una acción. Además, va más allá de una simple valoración general, su actitud es semejante a la del lector que al leer sobre los personajes va creándose una opinión sobre ellos, como cuando al describir físicamente a Sansón Carrasco concluye «señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires» (647), o cuando al hablar de la relación entre Sancho y su rucio deduce que su amistad debía ser muy fuerte.

Gonzalo Torrente Ballester en su libro *El Quijote como juego* trataba este asunto. Ballester cuestionaba si no habría sido un error de Cervantes incluir un narrador que

introdujera sus propias opiniones en la obra, ya que al narrar la historia se debe dejar un espacio para que los lectores interpreten los sucesos por ellos mismo, aunque Ballester acaba concluyendo que todo forma parte de una estrategia narrativa. En este trabajo añado otra consideración: que Cervantes pretende conscientemente dar al narrador voz para opinar en determinados momentos sobre la historia y sus personajes como parte de la formación de la personalidad de este.

El problema para encontrar las valoraciones de Cide Hamete es que, como sabemos, la historia está narrada desde el punto de vista del segundo autor, así que la mayor parte del tiempo si se atribuye un adjetivo a algún personaje es imposible saber si es obra de Benengeli o del editor, salvo que este último lo explicita.

De la misma manera que, como comentaba anteriormente, los personajes hablan sobre Cide Hamete y le otorgan una valoración basándose en su labor de historiador, Benengeli actúa de manera similar al plasmar sus opiniones. Esto establece un diálogo indirecto entre el historiador y los personajes, donde se valoran mutuamente sin haberse conocido nunca.

CONCLUSIONES

En este trabajo he rastreado la huella de Cide Hamete Benengeli a lo largo de las dos partes del *Quijote*, para lo cual ha sido necesaria una visión crítica libre de ideas preconcebidas fundadas por los estudios de investigadores prestigiosos, quienes, a pesar de hacer un análisis acertado en muchos aspectos, no se han detenido en analizar a fondo la figura de Benengeli.

A la hora de estudiar el papel del sabio árabe es imprescindible dejar de lado todas las concepciones erróneas que la crítica ha generado: no es el narrador del *Quijote*;; de hecho si lo fuera se perdería la extraordinaria complejidad de un juego narrativo donde lo interesante es ver cómo la narración pasa por diferentes puntos de vista, para liberarse del dogmatismos y de la concepción unívoca de la realidad. Tampoco es ningún personaje mágico que use sus poderes para escribir la historia de don Quijote; debemos defender la libertad literaria de Cervantes a la hora de atribuir a su personaje conocimientos de lo ocurrido en las aventuras de don Quijote y Sancho.

Cide Hamete Benengeli es un personaje más dentro del variado elenco que nos presenta el *Quijote*. Como personaje, cumple dos papeles fundamentales: el primero es ser el protagonista de la historia detrás de la historia: la historia de la redacción del *Quijote*. Esta aventura secundaria, en la que participan todos los autores ficticios de la obra, se va desarrollando a lo largo del libro, pero adquiere mayor fuerza en el *Quijote* de 1615; lo que ha hecho que pase inadvertida durante tanto tiempo es que durante la mayor parte de la novela esta historia se va desarrollando en pequeños fragmentos que se intercalan de manera casi imperceptible entre la historia principal, así que solo una lectura atenta permite unirlos.

Pero Benengeli tiene otra dimensión, ya que también aparece en la historia principal del *Quijote*. Su presencia es mucho menor y está concentrada en la segunda parte, donde algunos personajes conocen su existencia y pueden debatir sobre él o reflexionar entorno a su labor como cronista, pero también podemos encontrar pequeñas menciones en la primera parte, porque don Quijote sabe que existe un historiador que recogerá sus aventuras. A pesar de no aparecer nunca en persona, Cide Hamete posee cierta entidad

dentro de ella, nos solo porque se convierta en el centro del debate de los personajes en ciertos momentos, sino también porque el conocimiento de su existencia y su trabajo en ocasiones condicionan la manera de actuar de los personajes, como al iniciar la tercera salida de don Quijote o desviar la ruta de su viaje.

Pero el elemento más relevante de su configuración como personaje es que tiene una personalidad consistente que se forma gracias a sus propias intervenciones. El lector puede conocer a Benengeli en la forma en que este dirige su labor como cronista y a través de sus juicios morales, así como en las valoraciones en torno a elementos de la novela, como por ejemplo el resto de personajes.

Cide Hamete se permite juzgar a los personajes o valorar ciertos momentos de la historia que recoge, pero lo grandioso en su construcción es que no lo hace con la grandilocuencia de otros narradores, que como señores de la narración poseen la verdad absoluta y así lo transmiten. Benengeli realiza sus juicios de una forma sencilla y subjetiva, pero siempre apoyando su pensamiento en lo que ve o en sus limitados conocimientos, como lo haría un lector que juzga lo que va leyendo. Por eso puede incluso errar y alabar a un loco que sale mal parado de las aventuras que él mismo inventa.

Pensar que el sabio historiador árabe es solamente un recurso narrativo de Cervantes o un elemento que dentro de la obra se limita a cumplir un único objetivo concreto –ya sea la parodia, la justificación de errores o la posibilidad de introducir mayor carga humorística–, significa infravalorar la invención de Cervantes y hasta qué punto es capaz de llegar a la hora de entretejer un universo literario complejo, en el que vida y literatura se entremezclan hasta volverse inseparables, de manera que no podemos poner a Cide Hamete en una categoría diferente a la de los personajes de la novela, ni separar su historia y su identidad de dicha novela. Cide Hamete es, en definitiva un narrador que en todo momento es narrado por otro personaje, pero al mismo tiempo es un espectador o lector de la aventura que va escribiendo, a la vez que se va conformando en personaje del *Quijote*.

No es descabellado realizar todo este estudio entorno a Benengeli. Aunque pueda parecer una figura muy pequeña en la obra, un recurso menor, no hay duda de cómo en el desarrollo de las dos partes del *Quijote* Cervantes se centra cada vez más en él, vertiendo su ingenio en la creación de una figura extraordinariamente elaborada. No es

posible dudar del aprecio que el autor tenía a este personaje, sobre todo cuando dedica las últimas líneas de la obra a su discurso, reivindicándole como el autor de la obra en lugar de introducirse él mismo para rechazar cualquier posible apócrifo con sus propias palabras.

Quizás futuras investigaciones se centren en el potencial de la historia de la redacción del *Quijote* y el papel de los autores ficticios, mi trabajo ha sido breve y solo me he centrado en uno de los muchos aspectos de interés que presenta el ficticio historiador árabe, del que podrían salir muchos estudios. Además, aunque Cide Hamete Benengeli es el más interesante y el que más elementos para investigar presenta, es posible también analizar el papel de otros autores como el editor o el traductor.

BIBLIOGRAFÍA

EDICIÓN DE *DON QUIJOTE DE LA MANCHA*

Cervantes Saavedra, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes, 1998.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Fernández Mosquera, Santiago, «Los autores ficticios del *Quijote*», *Anales Cervantinos*, 24 (1986), pp. 47-65.

Guzman, Jorge, «El capítulo IX del primer *Quijote*», *Estudios públicos*, 100 (2005), pp. 209-224.

Haley, George, «El narrador en Don Quijote: el retablo de Maese Pedro» en George Haley (ed.), *El Quijote de Cervantes*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 269-287.

López Navia, Santiago A., «Las claves de la metaficción en el *Quijote*: una revisión», *Oppidum: cuadernos de investigación*, 2 (2006), pp. 169-186.

López Navia, Santiago A., «sabio, autor e historiador. Categorías atributivas y paralelas a Cide Hamete Benengeli en el texto del *Quijote*», en AA VV., *Actas del I Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Barcelona, Anthropos, 1990, pp. 211-22.

López Navia, Santiago, «Relevancia de lo marginal e irrelevancia de lo explícito en el juego de la transmisión de la historia en el *Quijote*», *Anales Cervantinos*, 39 (2007), pp. 159-172.

López-Baralt, Luce, «El cálamo supremo (Al-qalam al-acl) de CideHameteBenengeli», *Sharq Al-Andalus*, 16-17 (1999-2002), pp. 175-186.

Maestro, Jesús G., «CideHameteBenengeli y los narradores del *Quijote*», en Jean Pierre Sánchez (ed.), *Lecturesd'uneoeuvre. Don Quichotte de Cervantes*, Paris, Editions du Temps, 2001, pp. 96-127.

Maestro, Jesús G., «El sistema narrativo del *Quijote*: la construcción del personaje CideHameteBenengeli», *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America*, 15 (1995), pp. 111-141.

Merino, José María, «El narrador del *Quijote* y la voz de la novela», en Emilio Martínez Mata (ed.), *Cervantes y el Quijote: Actas del coloquio internacional*, Oviedo, Arco Libros, 2007, pp. 33-38.

Moreno Pinaud, Jorge, «La Voz de CideHameteBenengeli: Autorreflexividad Crítica en *El Quijote de la Mancha*», *Espéculo*, 30 (2005) <<http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero30/narraqui.html>> [consulta: 27 de marzo 2015]

Nepaulsingh, Colbert I., «La aventura de los narradores del *Quijote*», en A. M. Gordon y E. Rugg (ed.), *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas*, Toronto, University of Toronto, 1980, pp. 515-518.

Parr, James A., «Del interés de los narradores del *Quijote*», en Jules Whicker (ed.), *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Birmingham, University of Birmingham, 1995, pp. 102-107.

Parr, James A., «Las voces del *Quijote* y la subversión de la autoridad», en A. David Kossoff (ed.), *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Istmo, 1986, pp. 401-408.

Parra, James A., «Antimodelos narrativos del *Quijote*», en Juan Villegas (ed.), *Actas de XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Istmo, 1992, pp. 185-192.

Pérez, Miguel José; Enciso Orellana, Julia, «Cervantes entre la realidad y la ficción de su propia obra (Una meditación personal en torno al capítulo 3 de la Segunda Parte)» *Didáctica*, 11 (1999), pp. 11-122.

Quintero, Julio, «El narrador en *Don Quijote*: De la pregunta por su historia al descubrimiento de su función», *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, 30 (2005); <<https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero30/narraqui.html>> [consulta: 2 de abril 2015]

Rivera Martínez, Edgardo, «Misterio y Figura de Cide Hamete Benengeli», *Letras*, 76(2005), pp. 17-25. <<http://letras.unmsm.edu.pe/rl/index.php/le/article/view/91/90>> [27 de Marzo 2015]

Ruta, María Caterina, «La escena del *Quijote*: apuntes de un lector-espectador», en A. Vilanova (ed.), *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona, PPU, 1989, pp. 109-123.

Stagg, Geoffrey, «Sobre el plan primitivo del "*Quijote*"», en Frank Pierce y Cyril A. Jones (ed.), *Actas del primer congreso Internacional de Hispanistas*, Oxford, Dolphin, 1964, pp. 463-471.

Torrente Ballester, Gonzalo «El *Quijote* como juego», Madrid, Ediciones Guadarrama, 1975.